

CAPITULO IX.

Aquel que oprime un corazon es el mayor de los opresores.

Triste, muy triste estaba en su estancia la pobre Lucrecia Butti. En la aureola morada de sus ojeras, en la palidez lívida de su semblante, en el color encendido de sus ojos, revelábanse mortales angustias. Su buena sirvienta, la dueña desdentada que la seguía á todas partes, procuraba en vano divertir su atención del asunto que la embargaba y distraer sus acerbos penas con cuentos y consejas. Ningun poder humano conseguía distraerla. En los momentos en que el primer amor despuntaba en el pecho de Lucrecia, habíasele presentado una especie de aparecido ó de fantasma, visto siempre entre sombras y misterios, del cual no conocía ni la figura, ni el rostro, ni mas que el resplandor siniestro de los ojos, dignos por lo seductores y por lo terribles de un ángel caído; y en sér tan extraño puso todo su pensamiento y reconcentró todas sus pasiones.

Pero el caballero Butti, su padre, como si en vez de padre florentino, fuera padre romano, destinábala, como ya sabe el lector, al jóven Guido Montaperto, cumplido patricio, heredero de inmensa fortuna, llamado á regir uno de los mas bellos castillos señoriales de la Toscana, allá en los riscos del Apenino, cerca de las llanuras de Pistoya. Este empeño del padre, encontró tenaz resistencia en el corazon de su hija perdidamente enamorada de su fantasma. Y esta resistencia despertó y avivó los deseos de Guido Montaperto, en apariencia delicado como una dama, y en realidad fuerte como un guerrero. Fingiendo sumision á la voluntad de Lucrecia, y dulce melancolía por su despego, bajo mano, incitaba al padre á que forzara su albedrío y le impusiera el matrimonio, por mas repugnante que fuese á la

voluntad cuasi invencible de la hermosa jóven. Su herida, su enfermedad, la sangre derramada, los dolores sufridos, en vez de calmarlo, exacerbábalo hasta el punto de haber tomado la pasión una intensidad sin igual en su ánimo, fortalecido desde los últimos incidentes con una indomable energía. No hay cosa para avivar el valor como el sufrimiento. La naturaleza que ha sentido poco, repugna al sentimiento, y sobre todo, al sentimiento doloroso; pero una vez experimentado, quizá por lo natural que aparece en el mundo y por lo propio de nuestro sér, lejos de rehuirlo, como que lo busca para vencerlo y dominarlo en sus porfías. Guido salió de su combate mas fuerte. Los dolores del cuerpo fortalecieron las facultades del alma; y persuadido de que eran obra de un rival afortunado, por vencer á este rival, deploraba con mayor viveza en lo recóndito de su pecho los desdenes sufridos, y ansiaba con mayor ansia la victoria.

Por su parte Lucrecia cada vez porfiaba mas en que habia de casarse con su aparecido ó habia de meterse en un convento. Más ¡oh dolor de los dolores! tras la noche en que el jóven Guido y el misterioso fantasma lucháran con tanto desnudo, no habia vuelto este á reaparecer por aquellas ántes visitadas cercanías. Diríase vuelto á los abismos desde donde viniera y tragado por la tierra. Y esta ausencia, que en otra alma menos vigorosa hubiera concluido por traer indiferencia, despego, desvío, exaltó mas y mas el alma apasionada de la sin par florentina. A los atractivos del amor se unian en su pecho los atractivos del misterio. Creía que en aquel ser sobrenatural se guardaban pasiones sobrenaturales tambien y superiores á esta estrecha cárcel de la tierra y á la mísera humanidad. Mujer así de imaginacion como de sentimiento, estas dos facultades se interesaban por igual en los lances é incidentes de un amor extraño bajo cierto aspecto, puro y divino bajo otro aspecto, mágico y diabólico. Su mente permanecía fija en una idea, y esta idea impulsaba su voluntad á permanecer fidelísima al misterio de los misterios, al amor de aquel aparecido extraordinario y sobrenatural, cuyos ojos de fuego, ó infernal, ó celeste, le habian completamente arrebatado el alma. No tenia remedio, el corazon de Lucrecia estaba fijo en su misterio. Y vamos á verlo en la siguiente conversacion empeñada entre ella y su dueña.

—¿Porfiará todavía?

Preguntaba esta.

—No lo dudo; pero porfiará en vano.

—¿Tan resuelta estás?

—Invenciblemente resuelta.

—Mira que desobedecer la voluntad del padre es tentar la paciencia de Dios.

—No lo creas. Cuando se tienta su paciencia y se desconocen sus leyes y se falta por completo á sus mandamientos, es cuando entregamos el cuer-

po á un hombre á quien no hemos entregado ántes el alma; cuando mentimos al pié de los altares un sentimiento que no experimentamos en el corazón; cuando queremos fundar una familia sobre el engaño, sobre el fraude, sobre el sacrificio de todos nuestros sentimientos, sobre la ruina de nuestro corazón.

—Pero el trato engendra cariño.
—O mejor, desvío. Tormentos conozco, mas ninguno como el tormento de vivir al lado de una persona aborrecida en las estrechas relaciones del matrimonio. Una fuerza misteriosa nos lleva á separarnos de aquellos á quienes aborrecemos para unirnos con aquellos á quienes amamos. Cuántas veces sucede que, encontrándote al lado de una persona desamada, suspiras y dices: aquí este sér odioso y léjos de aquí el sér á quien idolatro sobre la tierra y en cuya presencia no desea cosa alguna mi alma. Al fin contra aquellos que no queremos hay defensa. Pero no la hay, no puede haberla contra un esposo aborrecido: los dos nombres juntos, las dos almas confundidas, los intereses unos, la misma habitacion, el mismo vaso y el mismo plato, un lecho, hasta un solo sepulcro. ¿Qué refugio queda? Ni siquiera el refugio de la muerte, pues allá abajo se confundirán mis huesos con sus huesos. Mas fácil sería que separarme de él, separarme ¡infeliz! de mí misma. ¡Oh! Jamás. No me casaré, aunque me lo mande mi padre. Antes un convento.

—Mira que un convento es cosa triste para niña como tú, en la flor de la edad, en el comienzo de todas las pasiones.

—Triste, tristísima; pero preferible á un matrimonio sin amor. El castillo de mi esposo me parecería tan frio como un panteon. El hielo de la muerte se estendería allí, teniendo ¡oh desgracia! la vida para sentirlo y sin el reposo de los muertos.

—Mira que es gentil.

—No me gusta.

—Y pertenece á noble familia.

—Que despreciará á la hija de comerciante antiguo, destituida de sus blasones y sin abuelos feudales en su genealogía.

—Su castillo parece el primer castillo de la comarca.

—Que lo habiten los buitres y los cuervos.

—Su riqueza no tiene igual.

—Me sobra la mia. Pues ¿qué? podré yo gastar y consumir todo cuanto me dejará mi padre?

—Ser señora, y noble, y castellana es añadir mucho á la riqueza.

—Blasones inútiles que no se graban en el corazón. Fútiles honores que no traen la felicidad á la vida. Yo de mí sé decir que solamente una ventura concibo sobre la tierra; amar y ser amada.

—Eso se queda para los libros de caballería y para las novelas al uso.

—¿Para los libros de caballería? Pues qué ¿no adivinas cuanto vale y significa el amor? Todos los deseos se calman, cuando se tiene satisfecho el primer deseo; vivir junto á la persona amada. Ninguna de las pasiones humanas entra en nuestra alma, si la posee por completo esta pasión soberana. No hay luz como la luz que despiden unos ojos enamorados; no hay música como la música de una voz querida; no hay espectáculo como la contemplacion del ser en quien se resume el universo; la muerte misma es dulce á su lado, sobre todo, cuando resulta imposible pasar á su lado la vida. Por eso no puede entregarse al azar aquello que constituye la existencia entera en nosotros, el matrimonio. Condénenme á todo, menos á vivir junto á un hombre á quien no ame. A eso no me resignaré jamás.

—Ya te irias acostumbrando.

—Brígida, me extrañan mucho tus bruscos cambios.

—¿Mis cambios?

—Siempre me sostuviste en la resistencia á mi padre y ahora me desaconsejas lo mismo que antes me aconsejaras.

—Tengo miedo á una desgracia.

—No la hay mayor que una boda infeliz.

—Tu padre.....

—Pugnará inútilmente.

—¿Qué vas á hacer?

—Una que sea sonada.

—Lucrecia, no provoques.....

—Que no me provoquen.

—No resistas.

—Hasta el extremo último voy á resistir.

—Mira que te pierdes.

—Pero no pierdo el corazón, no entrego la voluntad, no enageno mi sér.

—¿Qué recurso te queda contra tu padre?

—Lo verás.

—Me asustas.

—No tiembles.

—Me aterras.

—Una débil mujer mostrará ante el mundo entero la fuerza de su voluntad.

—Infeliz ¿qué vas á hacer?

—A salvarme.

—Si vieras con cuidado á tu padre, cuando le contradices con empeños te estremecerías de horror.

—Nada me horroriza como la pena que quiere desatentadamente imponerme.